

El Día.

ODIOS POSTUMOS.

La venganza que sacaba en las tumbas y levantaba los lávares de las victimas, para glorificar el valor que se daban al amparo del atentado sanguinario añadió la infamia de la vindicación cíntica y falsa, erige al odio una columna de triunfo sobre sangre y lagrimitas de muerte. Los que creyeron que le siguen al caido hasta más allá del sepulcro, y designan la memoria de los muertos animadversamente pidiendo justicia, contraídos por la pasión de venganza, no saben que las bocas están mudas en la soledad del Cementerio; mientras infiernos lanzadas a la faz de un peón, en contra de su voluntad, la Sábada esencia de la muerte. La Sábada esencia habrá sido la mano de las dos administraciones pasadas.

El Sr. Chamizo no tuvo el pudor de negar que las órdenes

mártires de una idea ó de un principio,

que sacó de su corazón de fiero

los que las asesinaron, son perniciosas, son

salvajes, son mentiras, son perfumes indígenas del hombre que se llame libre

y aspira a mostrarse civilizado.

Así se ha hecho la venganza de la sentencia de la traición de la celada infame.

¿Por qué odian a los muertos? Por

qué mataron a los demás? Dejaron a

a la Historia el cargo de dictar la sentencia impune, y no procuraron prender a los que la falsa expediente del honor. Sólo el Hijo de la Patria, el deseo de resarcir el dolor de los campesinos, y llamar a ignorante júicio a los que en ellos reprochan. Vuestros

los victimarios y cómplices de la reda asesina, aquéllas solas para que alarma de jueces severos e ignorantes.

Pero el bandido conservador tiene entrañas de hielo: si era su misión real

que se dijese a los demás que no iban

plenas de la catástrofe que nos han

asassinado. No perdona: nuna; no el vida jamás. Como el Ugelino del Castillo, devora a despedazadas el cráneo de los que ha apriñado entre sus mandíbulas; y ya no se detiene en el dolor, ni en el hálito empoderado de la iniquidad.

Ayer se extrema contra Montalvo; hoy se revuelve contra el pobre Vargas Torres.

Y todo para quie-

rra llamarse al Sr. Dr. D. José Ma-

ría Plácido Casanay, TIRANO JUS-

TO!

Los hechos son de ayer, y es en vano

que se proteste a falsete la verdad, por

que el gran escándalo de la venganza

la memoria, y el sentimiento que provoca

la justa reatención pálida, tardía

en el fondo de nuestras almas. Cuando

el diputado Gorg Toral aceptaba, en

el Congreso de 1871, la pena de muerte

para los que asesinaron a su hermano de doble filo, no supo lo que se dio jo-

taran tales seguros del triunfo.

¡Ojalá el mundo nublas viruelas!

Al final de la hoja: LUIS VARGAS TORRES.

Con que no estén estos páginas

estáis estos, no les asusto la con-

ción de complicidad en el fusilamiento

del desventurado joven! Al defen-

der al Gobierno de entonces no se

pidió justicia, pero se pidió que se

seguiera la causa en el juicio.

Vamos á los hechos. Vargas Torres

no cometió en Loja ninguno de los

atacados que le achaca su detractor

postumamente, ni en la ejecución de

tantas, sólo pudieron caber en la

cabeza de Táctico, el rufo historiador

de aquella campaña, que sometió

caídas y sandeces en su folleto, por

que los que lo oyeron, que no saben

mas que la mitad de la historia, que su

viles pretenden lavar a su papa, gan

bien la renabilidad y la traición.

Táctico... ¡que desventurado que dio

su voto, y perdió su hora yendo a Quito! Quiere ser el autor, y volviendo Mi-

nistro de una Corte de Justicia, ¡y aquí el hombre!

¡Conque á los prisioneros de Loja, se

les llevó á cuellos colmados de ata-

cados! Conque se llevaron en el juicio

que no se oíó todas las formalida-

dades legales! Conque se uid de la

menza con ellos!

¡Y nosotros viémos á esa porción de

desgraciados entrar en Cuenca, Potosí,

hasta Arequipa, y sobre ruinas

cabalgábamos con ferres barra

los ligados tobillos!

Y nosotros fuimos testigos de esas

farsas de canibales que pretendían ver

desconocer judicialmente legal Ju-

lio Vargas Torres, no baste decir Quito,

que se tratan de los que se han

llegado á los vencidos, en unido

los mismos que como combatientes ven-

cedores habían actuado en aquella ju-

raña de la muerte. Un ejército de guerra

formado de estos sicarios, condenados a

Vargas Torres, no obstante que han

estado legalmente recompensados, la maya-

ritas de excesos... ¡Resundiendo el des-

barro, entró en el exilio el Sr. Dr. D. Al-

berto Muñoz Vargas!

García Moreno... ¡y lo que, de

que á su Loco, sublimó ó no, lo que

comprobó la posterioridad de la deuda

de las minas a los sicarios! Quién dice que

la Historia es la de América? El progreso no se

edifica sobre bases de sangre; el asesinato

no es, no puede ser, la ley moral

de la humanidad; el despotismo del usurpador no se gana la moralidad del orden

y la felicidad de la patria.

Fue la gloria hacer oírda el grito:

¡Yo no perdonaré! ¡pero justifico!

¡Yo no perdonaré

